

## NOTA EDITORIAL

Con la entrega del número 9 del *Boletín de Arqueología PUCP* se cumplen 10 años de su «vida». Como queda evidente, este hecho implica que se podía cumplir, en lo general, con la periodicidad impuesta: la entrega de un número por año. Sin embargo, ya que no se puede encubrir un cierto retraso, este número corresponde al año 2005, tal como se observa en la carátula. En el ámbito del Perú, una permanencia seguida y regular de 10 años no constituye una regla que se sobreentiende, tal como ocurre en muchos otros países. Muchas revistas de arqueología tuvieron una vida mucho más corta; otras se mantuvieron durante más tiempo, pero ya han desaparecido o se encuentran en un retraso prolongado. Con estos 10 años, por lo tanto, el *Boletín* se ha podido consolidar no solo en el ámbito nacional, sino también en el internacional. Este éxito se debe, en parte, a la interrelación entre la revista y cada edición del Simposio Internacional de Arqueología PUCP, los que han nutrido la gran mayoría de sus números. En el mismo lapso se han organizado cinco simposios de este tipo en los que participaron muchos colegas peruanos y extranjeros. En total, se trata de 199 autores de 17 países, varios de ellos con más de una contribución. Algunos, como Tom Dillehay (Vanderbilt University, Estados Unidos), Ian Farrington (Australian National University, Canberra, Australia), William Isbell (State University of New York at Binghamton, Estados Unidos) y Gary Urton (Harvard University, Estados Unidos) también se empeñaron como coorganizadores de estos eventos y coeditores de los números respectivos. Ellos, además, son miembros del Comité Editorial.

Pero no todos los números fueron fruto de estos eventos. Por ejemplo, el primero tuvo como tema central *La muerte en el antiguo Perú: contextos y conceptos funerarios*, y no solamente se diferencia de los demás por tratarse de una convocatoria de colegas expertos sobre el tema sin la realización de un evento previo, sino, asimismo, por el tema en sí, que no está ligado a periodos específicos como los demás números (Periodo Arcaico, Periodo Formativo, Huari y Tiwanaku, Inca). Por otro lado, parece que se ha consolidado la impresión de que el tenor general del *Boletín* ha sido el de presentarse como una especie de «manual» de la arqueología peruana, sobre todo entre los estudiantes. Si bien esto no ha sido la intención, saludo el interés y la aceptación que se desprende de esta interpretación. Pensé, más bien, que deberían enfocarse temas de relevancia con el fin de llegar a una comprensión de sociedades por medio de fenómenos de importancia generalizada. Es evidente que los contextos y los conceptos funerarios constituyen uno de estos temas centrales y se vinculan con muchas áreas sociales tanto en un sentido funcional como ideológico y su importancia fundamental se ha subrayado en todos los eventos realizados. Otro tema que forma el núcleo de este número está centrado en las fiestas, festines, banquetes o, como reza el título, *Encuentros: identidad, poder y manejo de espacios públicos*. El subtítulo hace referencia explícita a temas que ya fueron tratados en eventos como el IV Simposio Internacional de Arqueología PUCP, que tuvo como tema «Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas» (números 6 a 8, cf. Kaulicke 2004; para referencias bibliográficas, véase mi contribución en este número). La identidad también fue un tema central en el evento sobre Huari y Tiwanaku (cf. Kaulicke 2002a) y lo será en el número 10 (y probablemente 11), en el que se publicarán las actas del V Simposio Internacional de Arqueología PUCP, que tuvo como título «Procesos y expresiones de poder, identidad y orden temporal en Sudamérica», realizado entre el 11 y 13 de agosto del año pasado. Esto no significa que en el futuro se dejen de abordar temas relacionados con los periodos intermedios Temprano o Tardío. La inserción de un número sin la presencia de un simposio previo tampoco se convertirá en costumbre, ya que el siguiente nuevamente presentará las actas de uno de estos eventos, como queda señalado.

Existen varias razones para escoger el tema que se trata en el presente número. En primer lugar están mis experiencias ganadas en el Proyecto Arqueológico Alto Piura, que dirigí entre 1986 y 1990. Se excavó un área de plazas superpuestas entre varios edificios monumentales en Nima, zona de Tamarindo, cerca de Vicús (Kaulicke 1991, 1994, 2000, 2006). Estas plazas se podían reconocer por

la presencia de barro endurecido, probablemente de lodo producido por fuertes lluvias. Sus superficies se encontraban limpias, pero contenían pozos profundos que se parecían a estructuras funerarias, las que estaban llenas de cerámica fracturada, ceniza, huesos, excrementos de camélidos y restos carbonizados de plantas. La cerámica consistía en pocas formas, básicamente cuencos finos y cántaros, muchos decorados y, posiblemente, de procedencia foránea. Estos contextos, por lo tanto, sugerían la presencia de reuniones, probablemente en la misma plaza, durante las cuales se consumían bebidas y comida. En otro lugar del mismo complejo había instalaciones que se parecían a las cocinas de chicha actuales. Las vasijas grandes asociadas también se usaban para recipientes de neonatos, enterrados como en un acto de fundación de edificios o plataformas. Si bien muchas de estas evidencias corresponden a Vicús-Tamarindo C, una variante norteña del estilo Mochica, esta costumbre de enterrar vasijas relacionadas con la producción y el consumo de bebidas (probablemente alcohólicas) ya se inicia antes, con Vicús-Tamarindo B, que es una variante del estilo Vicús (para más detalles, véase el artículo final). Estas evidencias hubieran merecido un tratamiento más extenso y quería dedicarme a esta tarea, pero esto habría requerido un tiempo prolongado de documentación y de análisis del que no disponía.

La segunda razón radica en otro estudio que preparé para el IV Congreso Internacional de Etnohistoria, realizado en la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1996. Este estudio se basaba en una lectura pormenorizada de la *Suma y narración de los incas* de Juan de Betanzos (1987 [1551-1557]), una de las crónicas más tempranas y que se basa en informaciones directas de miembros de la aristocracia inca, transmitidas en *runasimi* y traducidas por el autor. Si bien mi interés se enfocó en aspectos relacionados con la muerte y su tratamiento conceptual y ritual entre los incas, también me llevó a un concepto particular del tiempo, ya que las fiestas de la muerte (*purucaya*) forman ciclos con otras fiestas celebradas después del nacimiento y del ascenso al trono, así como el casamiento con su esposa principal. En toda esta obra se vislumbra, claramente, el papel central que ocupan las fiestas en la vida de los soberanos y también después de la muerte. Esta relevancia fundamental, bastante diversificada y con motivaciones múltiples, merece un estudio más profundo y demuestra el alto valor de las fuentes históricas en el tratamiento del tema general. Lamentablemente, mis intentos de invitar a colegas etnohistoriadores para contribuir a este volumen no tuvieron mucho éxito, con la excepción de la contribución de Eleonora Mulvany. Los arqueólogos cuyo tema se relaciona con periodos tardíos evidentemente hacen uso de estas fuentes también, pero un tratamiento más exhaustivo hubiera sido fundamental.

Una tercera razón fue la aceptación de Tom Dillehay de participar como coeditor. El ya había publicado un artículo en el número 7 del *Boletín*, con el título *El colonialismo inka, el consumo de chicha y los festines desde una perspectiva de banquetes políticos*, el que, si bien cabía en la temática general del IV Simposio, constituye también una especie de preparación para el tema que nos ocupa en el presente volumen. Gracias a sus contactos, se consiguió la participación de varios colegas como Beth Conklin, así como Gustavo Politis y sus colaboradores; a él se debe también la introducción y una contribución de carácter más teórico. Este conjunto de artículos aporta un tercer componente fuera de interpretaciones de la materialidad arqueológica y de las fuentes históricas, y precisa dedicarse a la etnografía, en particular aquella que se realiza con el fin de aportar aspectos más teóricos aplicables a los contextos arqueológicos.

Por todo esto, queda claro que el tema es de tal amplitud y complejidad que las contribuciones reunidas en este número no pueden cubrir todos los aspectos que deberían cubrirse. Este conjunto de trabajos, por tanto, representa, más bien, una especie de «muestrario» cuya lectura debería animar a colegas en el Perú a dirigir su interés hacia este tema, de servir de guía para tratarlo dentro de la complejidad debida, de enfatizar la necesidad de trabajos interdisciplinarios y de reemplazar teorías de antaño con la metodología y el bagaje teórico que deberían caracterizar los trabajos arqueológicos modernos tanto en el campo como en el gabinete, así como en su formulación publicada.

Por el otro lado, es necesario subrayar que la ocupación con las fiestas no es una innovación reciente, como podría parecer por la moda desatada de enfatizar su aspecto político, plasmado en muchos eventos especializados sobre el tema tanto en América del Norte como en varios países

latinoamericanos. Uno de los que se dedicó al estudio de este tema fue Craig Morris a raíz de los análisis de las importantes excavaciones en Huánuco Pampa. Por esta razón, Tom Dillehay se puso en contacto con él para ofrecerle el escribir un artículo para este número. Craig aceptó, pero no pudo terminarlo. De acuerdo con ello, hay suficientes razones para dedicar este número a él y para publicar una necrología a cargo de Julián I. Santillana, quien lo conoció de cerca por haber participado en varios de sus proyectos. Pero la decisión tomada no solo se basa en el reconocimiento de la importancia destacada de su obra. Tuve el privilegio de conocerlo desde la década de los setenta, cuando trabajé con Ramiro Matos Mendieta en el Colegio Real, adonde acudí a menudo. Nos encontramos en muchas ocasiones posteriores, de modo que lo conocí bien y le tuve un gran aprecio y respeto por la calidad de sus trabajos y sus publicaciones, con las que se convirtió en uno de los arqueólogos más importantes que se han dedicado al estudio de los incas. Por otro lado, es la segunda vez que se ha decidido proceder de esta manera. En el número 5 se hizo lo propio con Karen Mohr-Chavez, mientras que los números 6 a 8 estaban dedicados a Franklin Pease, si bien por problemas ajenos a mi voluntad no pudo formalizarse esto como se hizo con Morris y Mohr-Chávez. En este sentido, el aspecto de conmemorar a colegas no es una innovación de este número, sino casi ya una costumbre del *Boletín*.

Por último, queda agradecer la colaboración de muchos que han posibilitado la publicación de este número. En primer lugar, quiero expresar mi gratitud a Tom Dillehay, quien ha sido fundamental en la tarea de confeccionar el contenido, por haberme apoyado en escoger el tema, por haber aceptado fungir como coeditor, discutir el rumbo de la temática, escribir un texto distribuido entre los autores, contactar con colegas amigos o conocidos de él, por haber entregado dos textos para la publicación, así como haber corregido los resúmenes en inglés. Durante todo el largo proceso de la obtención de los manuscritos hasta la terminación del machote ha mostrado constante interés y dedicación pese a sus múltiples tareas y frecuentes viajes. Asimismo, debo darle las gracias a todos los autores y también a aquellos que fueron invitados, pero que, por razones diversas, tuvieron que desistir. Agradezco a Julián I. Santillana por haber escrito la necrología de Craig Morris, así como a Jean-Pierre Protzen y Adriana von Hagen por haber conseguido la foto de Craig que aparece en el obituario y por haber facilitado su bibliografía, y al American Museum of Natural History de New York por la autorización de la publicación de la imagen mencionada. En cuanto a los preparativos para la publicación, es, como siempre, un deber muy especial el expresar mi profundo agradecimiento al señor Rafael Valdez, quien, desde sus inicios, se encarga de los trabajos de edición. La colaboración con él, que coincide con el aniversario del *Boletín*, no solo se limita a la publicación de estos volúmenes, sino también incluye otros proyectos editoriales dirigidos por mí durante el mismo lapso de tiempo. Hugo Ikehara, de la Especialidad de Arqueología PUCP, ideó el diseño de la carátula de este número. Mis agradecimientos también se extienden a la doctora Pepi Patrón, Jefa del Departamento de Humanidades, por haber agilizado los trámites pertinentes, y a la magíster Patricia Arévalo, Directora General del Fondo Editorial PUCP, por haberse encargado de su publicación.

PETER KAULICKE